5+2
[6]

El
Pasado

Lo Pasado

Drama en 1 acto y en prosa

de

Eduardo Zamacois

ie= Eduardo Zamacois, 1873-

Al final una semblanza

de

Antonio Vico

por

Zamacois

LO PASADO

(DRAMA EN UN ACTO Y EN PROSA)

MATILDE.—*Venticuatro años. Esposa de Santiago, marqués de Vargas.*
SERAFINA.—*Cuarenta. Ama de llaves que conoció soltera á Matilde y en la que ésta tiene gran confianza.*
FEDERICO VÉLEZ.—*Treinta y dos. Médico: enamorado de Matilde.*
SANTIAGO.—*Cincuenta. Marqués de Vargas.*
JULIÁN.—*Criado.*
ANTONIO.—*Idem.*

Escena contemporánea: en Madrid.

ACTO ÚNICO

Gabinete adornado con gran elegancia. Chimenea encendida. Sobre la chimenea un reloj. Puertas laterales y otra al fondo. A la izquierda una ventana. Es de noche. Derecha é izquierda, las del actor.

ESCENA PRIMERA

SERAFINA; *luego* JULIÁN.

SERAF. (*Sale por la derecha enjugándose los ojos*). ¡Qué pena!... ¡Pobre señora!... Hay cuadros que no pueden verse con ojos enjutos.

JULIÁN. (*Por el fondo.*) ¿Puedo pasar?
SERAF. (*Corriendo hacia él.*) ¡Chist!
JULIÁN. ¿Eh?
SERAF. Calla.
JULIÁN. Ya callo... ¿Qué sucede?
SERAF. Eso digo yo: ¿Qué sucede? ¿Qué hay?... ¿Viste á don Federico?
JULIÁN. No; acababa de salir en auxilio de un enfermo cuando yo llegué.
SERAF. ¡Maldita suerte!
JULIÁN. El criado con quien hablé prometió buscarle si no volvía tan pronto como él esperaba.
SERAF. ¡Siempre igual!... Por todas partes la misma incertidumbre, la vacilación... la noche. ¿Qué hora es?
JULIÁN. Las ocho y veinte. (*Se dirige á la chimenea para arreglar el fuego.*)
SERAF. (*Sentándose.*) ¡Estoy muerta! No puedo pensar; mi voluntad se rinde. Infinitamente peores que esos dolores agresivos que estallan, son las penas íntimas, las calladas; taladrantes y hambrientas como carcomas.
JULIÁN. ¿Cómo sigue el niño?
SERAF. Peor.
JULIÁN. ¡Voto á!...
SERAF. (*Levantándose y mirando con terror hacia la izquierda.*) Habla bajo, no sea que la marquesa nos oiga. (*Pausa.*) Pues... sí: el niño está peor, mucho peor. ¡Pobrecillo mío!... Ya iba á

cumplir tres años y, de pronto, apenas libró los peligros de la dentición, llega la difteria, le coge por la garganta y aprieta... aprieta... ¿Puedes decirme qué ley, qué razón, qué justicia, obliga á esos piececitos inmaculados á caminar tan derechamente hacia la muerte?

JULIÁN. Es verdad.

SERAF. Yo le he visto nacer, Julián, y le quiero como si fuese mío; recuerdo que la primera mirada de sus ojillos medio cerrados, fué para mí. (*Llora.*)

JULIÁN. (*Conmovido.*) Dice usted bien. Mi primer hijo también murió y... ¡qué diablos!... no he podido olvidarle aún. Y eso que los hombres somos más duros de corazón, más fríos...

SERAF. Esto, de atajar el daño á tiempo, hubiera sido poquita cosa.

JULIÁN. Seguramente.

SERAF. Pero ni la marquesa, ni el señor marqués, ni yo... quisimos reconocer la gravedad del caso. Adivinábamos lo que luego sucedió y temíamos confesárnoslo á nosotros mismos. «Eso no tiene importancia», dijo don Santiago; y la señora agregó: «Dios querrá que ello no sea nada». Y yo, aun sin creerles, no protesté... no pude protestar... ¡imposible! Parecíame que hablar del peligro, era llamarlo, y que

la fe y despreocupación de todos, bastarían á espantar la muerte. ¡ No fué así !

JULIÁN. ¡ La pobre marquesa estará loca !

SERAF. Completamente ; habla, y medio minuto después ya no recuerda qué ha dicho ; oye y no comprende. En estas cuatro horas últimas parece haber vivido muchos años. (*Pausa.*) ¡ Bah, nadie viene !... Estos son los inconvenientes de habitar un hotel excéntrico ; los aires serán más puros, mejores los alimentos... pero llega un trance como éste, en que necesitas los auxilios del prójimo, y te mueres solo.

JULIÁN. Así es.

SERAF. Además, no sé qué tiene Madrid, que nunca hallas á nadie en su casa.

JULIÁN. A nadie.

SERAF. La enfermedad del niño empezó anoche. Luego se agravó y seguramente estaba peor de lo que creíamos, pues los niños son como los pájaros, que, si dejan de cantar, es para morir. Cuando llamamos al médico de la Casa de Socorro...

JULIÁN. Yo fuí quien le avisó.

SERAF. ¡ Es cierto ! No me acordaba... Pues dijo que el niño estaba enfermo de difteria, y que era necesario practicarle en la garganta una operación muy difícil.

JULIÁN. Que tiene un nombre muy raro.

SERAF. Sí, muy raro: la... la... bueno, como sea; operación que él no se atrevía á ejecutar. Así pasamos la noche, y desde esta mañana ya sabes como andamos todos.

JULIÁN. Corriendo por esas calles en busca de médicos que no aparecen.

SERAF. ¡Y cómo llueve!

JULIÁN. Calado y remojado estoy yo hasta los tuétanos. (*Pausa.*)

SERAF. ¡Oye!... Un coche.

JULIÁN. Sí... tal vez... (*Corriendo hacia la puerta. Pausa.*)

SERAF. No; tampoco...

JULIÁN. Pasa de largo. (*Pausa.*)

SERAF. ¡Ay, Julián!

JULIÁN. ¿Qué?

SERAF. Si el niño muere... los marqueses no vivirán juntos mucho tiempo.

JULIÁN. ¿Cómo?

SERAF. Porque ella morirá de dolor... ó se volverá tonta... ó loca... ¡No sé! Pero ese niño es el eje sobre que reposa el bienestar de todos.

JULIÁN. (*Pensativo.*) Creo lo mismo. (*Pausa.*)

SERAF. (*Bajando la voz.*) ¿Oyes?

JULIÁN. Sí.

SERAF. El niño...

JULIÁN. Sí.

SERAF. Que no puede respirar.

JULIÁN. Es un ronquido...

SERAF. (*Que irá acercándose hacia la derecha.*) El ronquido del que se ahoga.

JULIÁN. El jadeo de la agonía...

SERAF. ¡Chist!... Calla.

ESCENA II

SERAFINA, JULIÁN y MATILDE

MAT. (*Saliendo precipitadamente por la derecha, como loca, y dirigiéndose á Serafina.*) ¿Qué... cómo... qué haces aquí?... ¿Oyes al niño?

SERAF. No, señora.

MAT. ¡Mientes!... ¿No lo oyes?

SERAF. Allí le veo, en su cuna... Y, como siempre, parece dormir.

MAT. ¡Ah... eso es lo que yo no quiero, que duerma!... Porque ese sueño me recuerda el otro... ¡y no quiero recordarlo!... ¿Sabes, Serafina?... el otro... el otro... tú me comprendes... el último... ¡Hijo de mi alma! (*Llora.*)

SERAF. Señora...

MAT. ¡Ay, Serafina!

SERAF. Por Dios...

MAT. Serafina mía... ¡Cuánto sufro... cuánto!... ¡Oh, si supieras lo que es esto!

SERAF. No desespere usted...

MAT. ¡Déjame!

SERAF. El peligro, afortunadamente, está todavía lejos.

MAT. (*Con súbito arrebato.*) ¿Oyes? (*Por el niño.*)

SERAF. ¿Qué, señora?

MAT. ¿Pero, cómo... qué?... ¡Oh!... ¿Me habré vuelto loca? ¿Nada oyes?

SERAF. (*Mirando siempre hacia la derecha.*) Nada; el niño duerme; su respiración es tranquila... El señor marqués le mira y la expresión de sus ojos es serena...

MAT. ¡Es serena... serena... la expresión que tiene en los ojos el señor!... ¡Dios!... ¿Habré perdido el juicio?... Mi hijo se ahoga... poco á poco... le oigo... es una sofocación invasora. ¡No, no niegues!... Ahora se ahoga más que antes, ¿oyes?... Luego se ahogará más que ahora... ¡No, mentira!... Ese ronquido no vive en mí, en mi cerebro... sino que viene de fuera... ¡de ahí!...

SERAF. Señora, por Dios...

MAT. De esa alcoba...

SERAF. Cálmese usted; estos trances difíciles requieren mucha tranquilidad de espíritu.

MAT. (*Reparando en Julián que habrá retrocedido hasta colocarse cerca del fondo.*) ¡Ah! ¿Llegas ahora?

JULIÁN. Llegué hace un momento.

MAT. ¿Viste á don Federico?

JULIÁN. No, señora.

MAT. ¿Cómo?

JULIÁN. No estaba en su casa.

MAT. (*Furiosa.*) ¿Y por qué no le buscaste donde estuviese?

JULIÁN. Porque...

MAT. ¡Calla! Vete y no vuelvas sin él...

JULIÁN. Pero...

MAT. ¡Calla!

SERAF. Es que el criado de don Federico le dijo á Julián que, tan pronto como su amo volviese...

MAT. ¡No espero más... no me fío de nadie!

JULIÁN. Advierto á la señora marquesa...

MAT. No me adviertas nada. Corre, toma un coche... vuela á casa de don Federico; si no está allí, búscale.

SERAF. (*Aparte.*) Está loca.

JULIÁN. Bien, señora.

MAT. Búscale en el Casino, en casa de sus enfermos...

JULIÁN. Donde esté.

MAT. Eso es; donde esté: ¡dile que soy yo quien le llama!...

JULIÁN. Bien, señora.

SERAF. No pierdas tiempo.

JULIÁN. No.

SERAF. ¡Aprisa, aprisa!

MAT. Sobre todo... ¡No vuelvas... no vuelvas... si has de venir sin él!

JULIÁN. Hasta ahora mismo. (*Sale precipitadamente.*)

ESCENA III

MATILDE y SERAFINA

MAT. (*Sentándose con muestras de gran abatimiento.*) ¡Oh, qué cansada estoy de luchar!... ¡Qué harta!... Si me durmiese para siempre... ¡qué bien!...

SERAF. (*Compasivamente y aparte.*) ¡Pobrecita!

MAT. ¡Y eso que tal vez no hubiera en el reposo interminable de la muerte consuelo á mi cansancio infinito!... (*Pausa. Luego, con repentina animación.*) ¿Y Antonio?

SERAF. Fué á casa del doctor Braganza.

MAT. ¿Ha vuelto?

SERAF. Aún no.

MAT. ¡Ah, la impaciencia me ahoga!

SERAF. Vivimos tan lejos del centro...

MAT. ¡Qué desesperación, qué silencio!.. Hemos perdido cuatro horas sin adelantar un paso. Este hotel parece una isla desierta.

SERAF. ¡Tiene usted razón!

MAT. (*Enternecida.*) ¡Ay, Serafina!

SERAF. ¿Qué, señora?

MAT. Tú me conociste niña.

SERAF. Sí.

MAT. Conociste á mi madre.

SERAF. ¡Cómo la recuerdo!

MAT. Presenciaste la ruina de mi fortuna, destrozada por las locuras de mi padre, quien murió donde debía: en un manicomio...

SERAF. Paz á los muertos.

MAT. Fuiste buena para nosotros en los tiempos bonancibles, y fiel y heroica en los días negros de la miseria.

SERAF. Era mi gusto; mi gusto y mi deber.

MAT. Tú conociste, por nosotros, las vergüenzas del empeño, las amarguras del no tener...

SERAF. Vaya, señora... ¿A qué recordar eso?...

MAT. Tú conociste á Federico, que era entonces un estudiantillo sin fortuna; sabes cuánto me quiso, sabes que yo le amé con amor inmenso, que, al ser imposible, enlutó mi alma: sabes, también, por qué me casé con el marqués de Vargas...

SERAF. Demasiado.

MAT. Porque aquel matrimonio remediaba el desamparo de los míos.

SERAF. (*Conmovida.*) Lo sé.

MAT. De mis hermanos mayores y de mi madre.

SERAF. Fué usted mártir de todos.

MAT. Después... (*Llora.*)

SERAF. Sí, después...

MAT. Comenzó el suplicio, el horrible suplicio... de los felices que lloran por dentro.

SERAF. Suplicio que nadie agradecía...

MAT. Nadie; porque mi madre murió y mis hermanos se fueron... Desde entonces tú, más que mi ama de llaves, fuiste mi consejera, mi amiga...

SERAF. Me consta y lo agradezco.

MAT. Mi segunda madre.

SERAF. Lo sé, lo sé.

MAT. Por eso, hallándome en momentos de duda, recurro á ti. (*Pausa.*) ¿Hice mal llamando á Federico? (*Pausa.*)

SERAF. No.

MAT. ¿No?

SERAF. ¿Por qué? (*Extrañándose.*)

MAT. Fuimos novios, y aquella pasión dejó en ambos surcos profundos.

SERAF. No importa.

MAT. Yo... no necesito insistir para que mis palabras tengan á tus ojos la autoridad de lo jurado; aun adorando en Federico... porque le adoro... (*Conmovida.*)

SERAF. También lo sé.

MAT. Le quiero de modo extraño, dedicándole el cariño vago y sin esperanza que inspiran los muertos; es algo ina-

presable, vedado eternamente á mi deseo... ¿comprendes?

SERAF. Perfectamente.

MAT. Que vive... y respira... muy lejos de mí.

SERAF. Así debe ser.

MAT. Pero, á él... acaso no le ocurra lo mismo.

SERAF. No lo creo.

MAT. Y lo que es peor: ¿verá mi marido con ánimo tolerante que Federico venga aquí?

SERAF. ¿Por qué no?... Don Federico Vélez forma hoy día entre los profesores más distinguidos de Madrid: es el médico favorito de la aristocracia, está en moda...

MAT. (*Pensativa.*) Sí, sí.

SERAF. Es, además, especialista en enfermedades de niños...

MAT. También.

SERAF. Usted llama á don Federico como llamó al doctor Braganza: en estos casos se puede recurrir á todo el mundo.

MAT. Muy cierto; pero el marqués, aunque nada habla de estos amores, recuerda su historia... Conozco bien el temple de su espíritu: le sé hombre de entresijos, reservón y celoso, á quien lo pasado preocupa, y por lo mismo...

SERAF. Imposible.

MAT. ¡Bah, quién sabe!

SERAF. No es don Santiago capaz de tan innoble pensamiento.

MAT. (*Encogiéndose de hombros, indiferente.*) De todos modos...

SERAF. Eso iba á decir : si algún daño hay en ello, ya es irremediable, pues el paso fué dado.

MAT. Yo debí consultarlo con Santiago ; pero... ¿quién tiene calma para reparar en tales pequeñeces?

SERAF. Ese error tiene fácil enmienda.

MAT. ¿Cómo?

SERAF. Aun es tiempo de pedir al señor marqués permiso para llamar á don Federico : él, seguramente, accederá.

MAT. (*Distraída.*) Tienes razón : es una superchería en que no había pensado.

SERAF. (*Con decisión.*) Y, finalmente...

MAT. ¿Qué?

SERAF. Don Federico debe venir á despecho de todo.

MAT. (*Animándose.*) Dices bien.

SERAF. Necesitamos aprovechar los auxilios del primer médico que llegue, sea quien fuere.

MAT. ¡Eso es!

SERAF. Salvar al niño es lo esencial.

MAT. Sí, indudablemente, hablaste como mujer de talento : ¡salvar á mi hijo es lo primero, lo primero... por no decir lo único!...

ESCENA IV

MATILDE y SERAFINA : ANTONIO *por el fondo*

ANT. Señora...

MAT. (*Corriendo hacia él.*) ¡ Ah !... ¿ Qué hay ?... ¿ Y el doctor Braganza ?...

ANT. Fuí á su casa.

MAT. ¿ Cuándo viene ?

ANT. Verá usted...

MAT. (*Queriendo salir.*) ¿ Está ahí ?

ANT. No, no... señora marquesa.

MAT. (*Iracunda.*) ¿ Entonces ?

ANT. Es que...

SERAF. ¡ Torpe, torpe !

MAT. ¿ No te dije que no volvieses sin él ?

ANT. Sí.

MAT. ¿ No lo repetí mil veces ?

ANT. Pero...

MAT. (*Gritando.*) ¿ Por qué me desobedeciste ?

ANT. La señora...

MAT. (*Interrumpiéndole.*) ¡ Imbécil !... ¡ Oh, Dios !... sin socorro de nadie ; esto es un infierno.

SERAF. (*Por Antonio.*) ¡ Déjele usted hablar !

MAT. Mi hijo... mi hijo se muere... ¡ Dios !... Se muere... y tú no lo sabes... parece mentira ; no lo sabes, no... ¡ tú que lo sabes todo ! no sabes esto... ¡ Esto que es tan grande !... (*Llora.*)

ANT. La señora marquesa...

MAT. ¡Calla, imbécil!... Calla, calla... ¡calla!... (*Gritando.*)

SERAF. Señora, reflexione usted... esa desesperación es inútil.

MAT. ¿Inútil?... ¿Acaso me queda otro recurso que el de desesperarme?... Esa alcoba donde agoniza mi hijo, es como reducto que yo defiendo con los brazos abiertos, así... no quiero que la muerte pase esos umbrales... y, no pudiendo contenerla, pido socorro y nadie acude á mi llamamiento desesperado; ¡nadie, nadie!... ¿Por qué?... Dilo tú, si lo sabes. (*A Serafina.*) ¿Por qué?... ¿Por qué nadie está donde yo le busco?... Responde. ¿Qué predestinación fatídica entolda el fondo de todo esto?

SERAF. (*Aparte.*) ¡Pobre Matilde!

MAT. (*Dirigiéndose á Antonio con súbito interés.*) De modo que el doctor Braganza...

ANT. Estaba...

MAT. ¿Curando algún enfermo?

ANT. No, señora; en el Casino.

MAT. Búscale allí.

ANT. Y caso de...

MAT. (*Encolerizándose.*) ¡Basta! (*Mutis Antonio. Matilde llora.*)

SERAF. No llore usted.

MAT. ¡Que no llore, Serafina! ¿Cómo pue-

des aconsejarme eso?... (*Pausa. De pronto, con gran arrebato.*) Mira... corre detrás de Antonio.

SERAF. ¿Qué le digo?

MAT. Que vaya al Casino donde está Braganza, y si ya no estuviese allí...

SERAF. (*Corriendo hacia el fondo.*) Comprendido.

MAT. Que le busque donde esté.

SERAF. Bien.

MAT. Que le persiga de casa en casa, por las calles... ¡que no vuelva sin él!...

SERAF. Bien, bien... (*Váse.*)

ESCENA V

MATILDE; *luego*, SANTIAGO

MAT. (*Corriendo hacia la derecha.*) ¡Ah, Dios, Dios, qué impaciencia!...

SANT. (*Saliendo por la derecha con aire preocupado.*) Matilde...

MAT. ¡Santiago! (*Se dan las manos. Pausa.*)

SANT. ¿Lloras?... No te aflijas, imítame, sé fuerte como yo.

MAT. (*Llorando.*) ¡Hijo mío... hijo mío!...

SANT. Ahora duerme; parece más tranquilo.

MAT. ¡Ah, duerme!

SANT. Sí, desde hace algunos minutos; su respiración también es más serena.

MAT. (*Escuchando y con alegría.*) Sí, en efecto... ahora nada oigo.

SANT. ¡Pobre Matilde!... Alégrate.

MAT. (*Efusiva.*) ¡Santiago!

SANT. ¿Qué?

MAT. ¿Tú quieres á nuestro hijo?

SANT. ¿Cómo no?

MAT. ¿Le quieres mucho, mucho?...

SANT. (*Sorprendido.*) Sí, sí, muchísimo.

MAT. ¿Como yo?

SANT. Como tú... acaso un poquito menos... porque ya sabes; siempre las madres...

MAT. (*Interrumpiéndole.*) No, no digas eso: necesito que le quieras como yo le quiero; con toda el alma, ciegamente.

SANT. (*Abrazando á Matilde, paternal.*) ¡Pobrecilla!

MAT. (*Con fuego.*) Que su vida sea tu vida y su pérdida tu desesperación, tu martirio... ¡tu muerte!...

SANT. (*Pensativo.*) ¡Y lo sería!

MAT. Tu dolor mitiga mi dolor. Jura que por nuestro hijo eres capaz de los mayores scrificios.

SANT. De los más grandes.

MAT. Que por salvarle harías lo indecoroso, lo repugnante: robar... matar.

SANT. (*Acariciándola y sonriente, procurando tranquilizarla.*) Sí, Matilde, mi pobre Matilde: cálmate y no dudes que

por salvar la vida de ese niño, cuyo rostro parece imagen y copia fidelísima del tuyo, me atrevo á todo... ¡ Oh ! Cree que, si á los seres que nos son queridos pudiéramos defenderles á puñaladas de la muerte, los presidios estarían repletos de hijos y de padres y de esposos, y los cementerios vacíos... (*Pausa.*) No, no dudes de que adoro á nuestro hijo tanto como tú, acaso más... porque tú eres joven y la juventud, ilusionada de todo, se consuela ; mientras yo soy viejo, Matilde... y si la fatalidad me arrebatase ese niño que esperé tantos años... (*Calla enternecido.*)

MAT. ¡ Cómo consuela saber que somos dos á luchar, y que en esta alianza no hay ningún traidor !

SANT. (*Mirando el reloj.*) ¡ Qué tarde es ya !... ¡ Y nadie viene !

MAT. Cuatro horas esperando.

SANT. ¡ Cuatro horas !

MAT. Si no son más.

SANT. ¿ Y Antonio?

MAT. En busca del doctor Braganza.

SANT. ¿ Y Julián?

MAT. Salió.

SANT. ¿ Dónde?...

MAT. (*Con embarazo.*) A caza de... otro médico.

SANT. Así están toda la tarde.

MAT. Lo indispensable es que venga un médico, sea quien fuere.

SANT. Eso es. (*Consulta su reloj.*) Tentado estaba de ir yo mismo en busca de Pepe Barrios.

MAT. ¿Es hora de verle?

SANT. Sí.

MAT. Ve, entonces...

SANT. El coche me llevaría en quince ó veinte minutos. (*Dudando.*)

MAT. Sí, sí, por Dios; sí, ve, corre... no pierdas momento.

SANT. (*Con súbita decisión.*) Iré, sí; espera... en seguida estoy aquí.

MAT. Pronto.

SANT. Ahora mismo. (*Hablando consigo.*) ¡Sí, porque lo que á criados se fía!...

MAT. (*Aparte.*) ¿Cómo decírselo?

SANT. (*Palpándose los bolsillos.*) Bien, nada olvido: el pañuelo... el dinero...

MAT. (*Siempre aparte.*) Y debo decírselo; es mi deber.

SANT. ¡Venga, venga!... Mi sombrero, mi gabán... (*Se dirige hacia el fondo.*)

MAT. Santiago.

SANT. Vuelvo en seguida.

MAT. (*Turbada.*) Oye... oye, un momento.

SANT. ¿Qué?

MAT. Deseaba preguntarte...

SANT. Sí.

MAT. O, mejor dicho; consultarte...

SANT. Habla.

MAT. Como eres un hombre inteligente que sabe apreciar la exacta importancia de las cosas...

SANT. No comprendo.

MAT. Había pensado que llamásemos... á...

SANT. ¿A quién?

MAT. A... Federico.

SANT. ¿A Federico Vélez?

MAT. Sí. (*Pausa.*)

SANT. (*Sombrío.*) A mi vez deseo dirigirte una pregunta.

MAT. (*Tímida.*) Dí.

SANT. ¿Pensabas llamar á Federico... ó le has llamado ya?

MAT. Pensaba llamarle.

SANT. Y no quisiste hacer nada...

MAT. Sin consultarlo contigo. (*Pausa.*)

SANT. Agradezco tu fineza, tanto más cuanto que la magnitud del motivo que te guía escuda y disculpa cualquiera imprevisión: por lo mismo siento que mi respuesta sea negativa.

MAT. ¿Cómo?

SANT. No hablemos de Federico... ¿quieres?...

MAT. ¿Por qué?

SANT. ¡Oh!

MAT. Es especialista en enfermedades de la niñez.

SANT. Sí.

MAT. (*Con orgullo.*) Sus merecimientos son indiscutibles.

SANT. Nadie los discute ; pero, á despecho de tantas excelencias, no debemos llamarle.

MAT. Explícate.

SANT. No es menester.

MAT. La salud de nuestro hijo es lo primero.

SANT. (*Sombrío.*) Sí.

MAT. (*Exaltándose.*) ¡ Lo primero !

SANT. Sí, sí... ¡ sí y no !

MAT. ¿Qué dices?

SANT. Para nosotros, la salvación del niño es lo principal.

MAT. (*Interrumpiéndole.*) Entonces...

SANT. Pero, ante el mundo, no es así.

MAT. ¡ Ah !

SANT. No *debe* ser así.

MAT. ¿Por qué?... ¡ Una razón !

SANT. Porque... ¡ vaya !... No son éstas horas de discutir asunto tan delicado. Conste, sí, que agradezco tu intención ; conste, también, que mi contestación es negativa y que á ella debes de atenerte. Médicos buenos no han de faltarnos : Barrios, Braganza... cualquiera... (*Dirigiéndose hacia la puerta.*) Conque, hasta después.

MAT. (*Con súbita desesperación.*) ¡ Santiago !

SANT. ¿Qué?

MAT. Es...

SANT. Sí.

MAT. Es... que á Federico...

SANT. ¿Fueron ya á buscarle?

MAT. Sí.

SANT. ¿Cómo te atreviste?

MAT. No me lo tengas á mal: le llamé... como he llamado á otros; en los momentos solemnes, las consideraciones sociales más respetables pueden despreciarse: salvar á nuestro hijo era lo principal, lo único. ¿Qué importa él resto? (*Pausa.*)

SANT. (*Reflexivo.*) Estoy pensando, Matilde...

MAT. ¿Qué piensas?

SANT. Que las inconveniencias se cometen, ó por necedad, es decir, por falta de buen sentido ó por sobra de malicia.

MAT. ¿Y bien?

SANT. Tú no eres tonta...

MAT. Luego soy mala.

SANT. ¿Por qué me engañaste?

MAT. ¿Engañarte? ¡Nunca!

SANT. ¡Vaya!... ¿Por qué me brindas arteramente la fineza de consultarme lo que tu... imprevisión hizo espontáneamente y sin previo consejo?

MAT. Lo hice, es cierto, cediendo á mi primer impulso, mas no hubo en ello torcido propósito, ni dolo en lo que luego te propuse, sino legítimo deseo de cohonestar lo hecho, mereciendo tu aprobación y permiso.

SANT. ¡No los obtendrás nunca!... Sobre nuestro bienestar, sobre la vida y felicidad de nuestros hijos, ¡no lo olvides, Matilde! están el buen parecer, la opinión ajena, que es el honor.

MAT. (*Sarcástica.*) ¡El honor!

SANT. Para quebrantar una fortuna son menester muchos descalabros; para perder la vida es necesaria una enfermedad; para perder la honra basta un minuto, sobra con una palabra...

MAT. ¿Y qué? ¿A qué viene eso? ¿Quién puede pronunciar esa palabra? ¿Dónde ve tu suspicacia el minuto sombrío de la deshonra?...

SANT. ¿Dónde lo veo?... En todas partes. ¿Quién puede hablar?... Cualquiera. Basta una sospecha, una frase, un chiste... lanzado en la mesa de café, para que sobre la frente más pura el fango del arroyo deje un punto negro. El tiempo, que cicatriza y borra las heridas del puñal, extiende y ahonda las puñaladas del deshonor; la nube que pasa por el cielo, bajo el sol, pinta en la tierra una sombra fugitiva, que pasa con la nube; pero la mancha que dejó en nosotros la nube ominosa de la calumnia, es corrosiva como los venenos, insaciable en su acción destructora como los cánceres...

MAT. No comprendo. Eres un espíritu vi-

drioso, quimerista... que de todo y de todos desconfía.

SANT. ¡Porque conozco el mundo! (*Pausa.*) Tú quieres á nuestro hijo...

MAT. (*Con arrebato.*) ¡Ciegamente!

SANT. Bien está: mas no olvides que su fortuna y su nombre son míos; y que, como los hijos no pueden lavar lo que el vicio ó la indiferencia de sus padres ensuciaron, yo para ti, como para los demás, debo estar antes que él.

MAT. (*Desesperada.*) ¡Oh, Dios... Dios mío!... ¿A qué vendrá todo esto?...

SANT. No he olvidado tu historia: sé que amaste á Federico... como se ama á los veinte años, la edad pujante de la esperanza; sé también que casaste conmigo por simpatía pura, por pura y filial simpatía... acaso por reflexión. Esto lo saben muchos, ó, por lo menos, lo sospechan, y nadie recordaría de ello, si los triunfos de Federico Vélez no hubiesen reverdecido los capítulos de esta vieja historia. Por eso huyo su amistad y hay entre él y yo inexplicable antipatía: él me guarda el rencor inextinto de los vencidos: en buena lid le quité su bien, su tesoro, su alegría; él, en cambio, proyecta en mí una sombra que el sol dichoso de tu completa posesión no disipa; porque él es tu pasado, lo que ha

sucedido, lo que ni aun el tiempo, la esponja terrible que Dios pasa sobre todas las cosas, puede borrar. Por eso nos odiamos; él ve el odio en mis ojos; yo leo la desesperación de la impotencia en los suyos...

MAT. ¿Qué dices?

SANT. La verdad, lo que siento.

MAT. ¿Estás celoso de Federico?

SANT. Sí, tengo celos... ¿Cómo negarlo?

MAT. ¡Jesús, Jesús!

SANT. Si no de él, de su persona... sí de su recuerdo. Los afectos, Matilde, que interesan al honor, deben formar una especie de reducto ó de tabernáculo santo cerrado á todo el mundo, y donde no coexista con el amor á los padres, al esposo ó á los hijos, ningún cariño de ésos que podemos llamar pegadizos ó de ocasión. Guiado por tal pensamiento, mi vejez procuró aislarte de todo mal contacto, rodeándote de atenciones, mareando tu espíritu con la música adormecedora del perpetuo agasajo, queriendo ahuyentar de tu memoria los fantasmas callados del recuerdo... Y, de pronto, cuando ya iba creyéndome triunfante, la fatalidad, por obra de tu poco discurso, viene á desmoronar lo hecho. ¿Dónde fué tu discreción? ¿Quieres, acaso, estrechar los lazos que ya te unen á

Federico, añadiendo al fortísimo recuerdo del amor que hubo entre vosotros el vínculo irrompible del agradecimiento?... Yo odio á ese hombre, Matilde; tú lo sabes; déjame seguir odiándole; ese aborrecimiento consuela... ¡No me lo quites permitiendo que, lo que más odio, libre la vida de lo que más amo!... ¡Ah, no, no quiero, *no puedo*... admitir semejante probabilidad!... ¡Salvar él á nuestro hijo!... Venir aquí, violar la intimidad de nuestra alcoba, tener por un momento entre sus manos la salud de esa vida... que es emanación ó derivación de la mía... y luego salvarla y devolvernos lo que creímos perdido, abofeteándome con su generosidad... ¡No, Matilde; eso, nunca... nunca!... No, no lo pienses, no me lo pidas, no me lo supliques, porque no será...

MAT. (*Llorando.*) ¡Y te llamas buen padre! ¡Y dices querer á nuestro hijo como yo le quiero!

SANT. Sí, le quiero.

MAT. ¡Mentira!

SANT. Con toda mi alma.

MAT. ¡Mentira, repito! Cuando se quiere con *toda* el alma, se hace todo, se pasa por todo, se transige con todo...

SANT. No.

MAT. Sí, sí... En mí puede más la madre

que la esposa, y por salvar á mí hijo, por no ver vacía esa cuna...

SANT. (*Amenazador.*) ¡ Matilde !

MAT. Me atrevo á todo.

SANT. ¡ Calla !

MAT. ¡ A todo !

SANT. (*Exaltándose.*) ¡ Matilde !

MAT. Y mete en esa palabra lo que en ella cabe : lo infinito. (*Pausa.*)

SANT. (*Conteniéndose.*) Deliras ; no hablemos.

MAT. Sí, continúa ; yo lo quiero.

ANT. No, no hablemos... porque desvarías y no puedo oir tu voz... que es la voz de la locura, la voz del abismo... (*Pausa.*)

MAT. Está bien.

SANT. (*Procurando dulcificar la voz.*) Me has hecho daño, Matilde.

MAT. Lo siento. (*Pausa.*)

SANT. ¡ Mucho daño !

MAT. Repito que deploro haberte lastimado. (*Pausa.*)

SANT. Voy, pues, en busca de Barrios.

MAT. (*Profundamente abatida.*) Adiós.

SANT. Si, hallándome ausente, viniese Federico Vélez...

MAT. ¿ Le despido?

SANT. Sí, despídele : dile que ya no le necesitamos, que otro médico llegó antes que él : la misma Serafina puede recibirle y ahorrarte ese trabajo. Tal

es mi voluntad. (*Conciliador.*) Ten paciencia; considera que, esperando algunos momentos más, puedes evitarme un inmenso disgusto. Y, sobre todo, no riñamos: riñendo me parece que te declaras contra mí, ¿sabes?... Contra mí y en favor del otro. Adiós, Matilde.

MAT. (*Abatida.*) Adiós.

SANT. Antes de media hora estaré aquí. (*Vase.*)

ESCENA VI

MATILDE, *sola.*

(*Asomándose á la puerta de la derecha, como para ver al niño.*) Duerme; su respiración parece tranquila; mientras respire hay esperanza. ¡Hijo mío! ¿Qué no haría yo por salvarte?... Y su padre quiere que no le ampare, que no le defienda contra la muerte... y me exige tamaño sacrificio en nombre del buen parecer y de unos celos imaginarios. ¿Qué más quieres de mí, Santiago? Por pagar tus bondades renuncié á mi amor y me dediqué á ti, en cuerpo y alma, y jamás tus miradas preguntonas sorprendieron el rastro de las lágrimas que

lloraron mis ojos. «No quiero que salgas sola», me dijiste un día ; y pasaron los meses sin que me asomase al balcón. «No quiero que tengas amigas», y renuncié á todas y viví sin oir otra voz que la tuya. «No quiero que habitemos Madrid», y me trajiste á este hotel... ¿Cuándo el grito de la protesta subió á mis labios?... Mas ahora no se trata de mí, sino de mi hijo... Yo podré sacrificarte mi existencia, pero la suya preciosa, no : su vida es sagrada y sabré defenderla á todo trance, á mordiscos, á costa de mi sangre... A costa también, si es preciso, de... ¿qué se yo?... *(Vacilando. Suena un timbre.)* ¡ Han llamado ! *(Con alegría.)* ¡ Oh !...

ESCENA VII

MATILDE, SERAFINA y FEDERICO

SERAF. *(Entra precediendo á Federico.)* ¡ Señora, señora !...
MAT. ¡ Ah !
FEDER. *(Respetuoso.)* Marquesa...
MAT. ¡ Federico !
FEDER. *(Con alegría vivísima.)* ¡ Matilde !
MAT. ¡ Oh, gracias, gracias !

FEDER. ¿Gracias?
MAT. Sí.
FEDER. ¿Por qué?
MAT. Por haber venido.
FEDER. ¡Bah!
MAT. Mi hijo se ahoga.
FEDER. ¿Tiene la difteria?
MAT. Sí.
FEDER. Será necesario operarle...
MAT. Sí.
FEDER. Lo adiviné y vengo prevenido.
MAT. A no ser éste un caso desesperado, no me hubiese atrevido á molestarle á usted...
FEDER. ¿Molestarme?... ¡Nunca!... Yo, sí, debo darle á usted gracias por haberse acordado de mí.
SERAF. Nos trae usted el consuelo.
FEDER. ¿Y el marqués?
MAT. Salió.
FEDER. ¡Ah!
MAT. ¿Viene usted fatigado? ¿Quiere usted descansar?
FEDER. No, no, señora.
MAT. Entonces... ¿veremos al niño?
FEDER. Sí, vamos; estoy á sus órdenes.
MAT. (*Andando presurosa.*) Por aquí, venga usted por aquí. Le aseguro á usted...
FEDER. Lo supongo todo.
MAT. Paso adelante.
(*Salen por la derecha.*)

ESCENA VIII

SERAFINA, sola.

Me anuncia el corazón que don Ferico viene contra la voluntad del señor marqués, ó sin que él lo sepa. ¡ Pobre Matilde !... Es la primera vez que desoye la voluntad de su marido ; un marido cariñoso y dócil si de pequeñeces se trata, pero inflexible y duro como un amo en los momentos decisivos. (*Pausa.*) Parece que se casaron ayer y ya han pasado cuatro años. ¡ Cuatro años !... Diríase que en ese tiempo algo muy grande se derrumbó en el alma de Matilde : antes sus labios eran fuente de risas, y las estrecheces de su vida no bastaban á pintar sobre su frente feliz la sombra de una arruga : luego, en cambio... ¡ Qué triste es la vida cuando huye de ella la ilusión ! Miseria es entonces la riqueza ; yacija de duros pedernales el colchón de mullidas plumas ; el frío del desaliento duerme bajo las pieles... (*Dirigiéndose hacia la ventana.*) Nieva ; ¡ qué noche !... A despecho de los burletes penetra por las rendijas un vientecillo helado que

corta. Cerraremos mejor. (*Corre las cortinas.*) ¡ Y Antonio y Julián sin venir! ¡ Bien va!... (*En el reloj de la chimenca dan las nueve.*) ¡ Las nueve! Avivaré el fuego de la chimenea; cuando hay enfermos conviene mantener en las habitaciones la misma temperatura. Este carbón es detestable...

ESCENA IX

SERAFINA, MATILDE y FEDERICO

FEDER. ¡ Vaya, Matilde!

MAT. (*Llorando.*) ¡ Hijo de mi alma!

FEDER. Serénese usted; ya ve usted que el niño ni siquiera nos ha oído, y aseguro que su sopor nos es por todo extremo favorable.

SERAF. ¿Cómo está el enfermito?

FEDER. Grave.

MAT. (*Llorando.*) María... tú que fuiste madre... ¿no sabes lo que es esto?

SERAF. ¿*Muy* grave?

FEDER. Ciertamente; pero no es un caso desesperado.

SERAF. ¡ Ah!

FEDER. Ni mucho menos.

SERAF. ¡ Dios esté con nosotros!

MAT. (*Llorando.*) ¡ Pobre hijo mío!...

FEDER. Operándole, quedará bien.
SERAF. Usted es nuestra única esperanza.
FEDER. Haré cuanto sepa.
MAT. (*Serenándose.*) Tú, Serafina.
SERAF. Señora...
MAT. ¿No hay nadie en casa?
SERAF. Nadie.
MAT. ¿Ni Antonio ni Julián han vuelto?
SERAF. No.
MAT. Pues, corre al recibimiento.
SERAF. Ahora mismo.
MAT. Y, si *alguien* viene...
SERAF. Sí.
MAT. Avísame.
SERAF. Bien.
MAT. (*Aparte, á Serafina.*) Me refiero al marqués.
SERAF. (*Aparte.*) Lo he comprendido.
MAT. Anda.
SERAF. Hasta luego.

ESCENA X

MATILDE y FEDERICO. *Luego*, SERAFINA, *que entra y sale según el diálogo lo indique.*

MAT. (*Con emoción.*) ¡Federico!
FEDER. Mi Matilde...
MAT. (*Confusa.*) Nada debo decirte.
FEDER. (*Generoso.*) Nada.
MAT. Gracias. Perdóname si alguna vez...
FEDER. (*Interrumpiéndola.*) Calla, no hablemos de eso: hablemos, sí, del asun-

to que aquí me trajo. Por ahora, un instante, un instante no más... los dos muy juntos... (*) (*abrazándola*) para satisfacer el egoísmo de mi corazón...

MAT. (*Sumisa.*) Federico...

FEDER. ¡Hace tanto tiempo que soñaba tenerte así!... (*Pausa corta.*) Y luego, unidos... á luchar contra la muerte. ¡No temas! ¡Estoy hecho á vencerla!... Vamos. ¿Qué mayor felicidad, ni qué triunfo más glorioso para mí, que el de ser quien asegure la alegría de toda tu vida?... Salvar á tu hijo, Matilde, es para mí, como salvar á mi madre. (*Sacando del gabán un estuche de cirugía.*) Vamos.

MAT. (*Desfalleciendo.*) Me muero...

FEDER. Ten valor.

MAT. Hijo de mi alma...

FEDER. ¡Levanta ese corazón, mujer!... Anímate, sé fuerte: ante la muerte, los dolores y las lágrimas son inútiles.

MAT. (*Reanimándose.*) Tienes razón; sí, seamos fuertes. Vamos.

FEDER. (*Recordando de pronto.*) Espera.

MAT. ¿Qué?

FEDER. ¿Hay agua caliente?

MAT. ¿Para?

FEDER. Para tibiar los bisturíes.

MAT. (*Corriendo hacia la puerta del fondo.*) Sí, sí.

FEDER. Pídela.
MAT. (*Llamando.*) ¡ Serafina !...
FEDER. Eso no debe faltar donde hay enfermos.
MAT. ¡ Serafina ! ¡ Serafina !... (*Pausa corta.*)
SERAF. Señora.
MAT. Trae agua caliente.
SERAF. Al momento. (*Vase.*)
MAT. ¡ Pronto ! (*Permanecerá cerca de la puerta esperando á Serafina.*)
FEDER. (*Por Matilde y mientras limpia y va colocando sobre una mesa los instrumentos.*) ¡ Qué hermosa está ! ¡ Más hermosa que nunca !... De su misma tristeza, arranca su juventud hechizos nuevos. Ella es para mí lo fatal, lo inevitable : si me ordenase matar... sería asesino.
SERAF. (*Por el fondo.*) El agua.
FEDER. Venga.
SERAF. (*Aparte y mirando el estuche quirúrgico.*) ¡ Pobre mío... pobre de mi alma !... (*A Matilde.*) ¿ Hago falta ?
MAT. No, vete.
SERAF. Ahora.
MAT. Vete, ¿ eh ?... Y, ya sabes... Si Santiago...
SERAF. Sí, sí.
MAT. Avísame. Ten cuidado. (*Mutis Serafina.*)

FEDER. (*Advirtiendo el sobresalto de Matilde.*) ¿Qué tienes?

MAT. (*Vacilando.*) Miedo.

FEDER. ¿A qué?

MAT. A Santiago.

FEDER. ¿Temes me vea aquí?

MAT. Sí.

FEDER. ¿Por qué?

MAT. ¡Oh, no sabría decírtelo!... Es narración molesta y demasiado larga.

FEDER. ¿Está celoso?

MAT. Celosísimo.

FEDER. (*Va colocando los bisturíes dentro del jarro que trajo Serafina.*) ¡Bah!... El motivo que autoriza mi presencia en esta casa, es tan legítimo, tan indiscutible...

MAT. Y más sabiendo que, antes de recurrir á ti, agoté todos mis recursos. Yo no quería llamarte, no quería verte...

FEDER. Es natural.

MAT. Mas no hubo otro remedio: el médico de la Casa de Socorro declaró no atreverse á operar al niño; Ledesma está enfermo; á Braganza mis criados le buscaron inútilmente... Entonces, ¡sólo entonces! viendo cerrados todos los caminos, acudí á ti... ¡Es la fatalidad quien te trae!...

FEDER. Una feliz fatalidad.

MAT. Luego, queriendo explicarle á Santia-

go tu visita, le hablé de ti como de un especialista á quien convenía llamar.

FEDER. Y se negó á ello...

MAT. Rotundamente: me recordó su odio hacia ti: su honor... ¡ese honor, que coloca sobre la vida de su hijo!

FEDER. ¡No temas! En estos momentos yo no soy un enemigo, ni siquiera un hombre: soy un médico que cumple su deber, nada más. Espero que Santiago sabrá comprenderlo así.

MAT. ¡Ojalá!

FEDER. (*Alegre.*) Ten confianza en mí; ten fe: la fe remueve las montañas. Matilde, mi Matilde... bendigamos al Destino que así ordena las cosas, reuniéndonos de improviso tras dilatada separación, y buscando para pretexto de esta cita la solemnidad de la muerte.

MAT. (*Pensativa.*) Así es.

FEDER. Y conmigo vuelve también lo pasado. (*Pausa.*) Mira ese reloj... (*Señalando al colocado en la chimenea.*) El, me separó de ti; él, me trae: entre sus engranajes el tiempo murmura y se retuerce la muerte convirtiendo en ayer el mañana. ¡Escúchale!... Así cantaba cuatro años hace, acaso el mismo sitio, otra noche como ésta... la noche de tus desposorios, en que las palabras del marqués espantaban de tu frente mi recuerdo...

MAT. Es cierto, muy cierto. Mas, ¿á qué hablar de lo irremediablemente perdido? Aquello pasó; está enterrado: los muertos, Federico, no vuelven.

FEDER. Te engañas: nuestro pasado no ha muerto, sino que vive, que es... ¡que puede volver á ser!... Yo te amo, Matilde... te idolatro, más que nunca; por ti sería capaz del crimen, de lo monstruoso, de lo inconcebible... Y es tu hijo, quien me ayuda.

MAT. ¡Mi hijo, dices!

FEDER. Tu hijo, sí: porque lo pasado vuelve con él, crece con él... ¿comprendes?... Sin él yo no estaría aquí. Pero... no hablemos de esto, no es sazón; otro día... ¡quién sabe! Ahora, sobre mi bien, está la salud de ese niño, que es tu contento. Vamos, Matilde, á salvarle.

MAT. Sí, sí, pronto.

FEDER. Colaboremos juntos en esta obra santa. (*Coge el estuche.*)

MAT. ¡Hijo mío!

FEDER. No temas.

MAT. Apenas puedo sostenerme. (*Ambos se dirigen hacia la derecha. Suena un timbre.*) ¿Qué oigo?

FEDER. Aguarda...

MAT. ¿Eh?

FEDER. (*Suspenso.*) Han llamado...

ESCENA XI

MATILDE, FEDERICO y SERAFINA : *luego,* SANTIAGO

SERAF. (*Entra corriendo.*) Señora.
MAT. ¿Qué?
SERAF. ¡El señor!
MAT. (*Con terror.*) ¡Ah!
FEDER. ¡El marqués!
MAT. Sí.
FEDER. (*Dejando en la mesa el estuche.*) ¿Qué hago?
MAT. (*Procurando serenarse.*) Espera.
SANT. ¡Matilde! (*Su voz indicará sorpresa y cólera.*)
MAT. (*Fingiendo tranquilidad.*) En este momento...
SANT. (*Avanzando.*) ¿Qué hace Federico Vélez aquí?
MAT. (*Digna.*) Me explicaré.
SANT. ¿No dije que le despidieras?
FEDER. (*Queriendo avanzar.*) ¡Despedirme á mí!
MAT. (*A Santiago.*) Sí.
SERAF. (*Conteniendo á Federico.*) ¡Por Dios, prudencia!
SANT. (*A Matilde.*) ¿No lo supliqué, no lo ordené?
MAT. Sí; pero don Federico acaba de llegar...
SANT. (*Mirando á la mesa.*) ¡Falso!

MAT. (*Con valentía.*) Acaba de llegar y no iba á marcharse sin ver al niño.

SANT. (*Irónico.*) ¡ Sin ver al niño ! (*Aparte á Matilde.*) ¡ Mientes, mientes... (*Dirigiéndose á Federico.*) Caballero, puede usted retirarse,

FEDER. (*Conteniéndose.*) Caballero, está usted en su casa y...

SANT. Nada de amenazas.

FEDER. No amenazo.

SANT. Si le ofendí, estoy á su disposición. Beso á usted la mano.

FEDER. Nos veremos.

MAT. (*Impetuosa.*) ¿Cómo es eso? Ustedes dirimen su cuestión y á mí...

SANT. ¿Eh?

MAT. ¿Quién me ampara? ¿Quién salva á mi hijo?

SANT. (*Sombrío.*) No sé; cualquiera... ¡ Yo no le condeno á morir !

MAT. ¿Hallaste al médico que buscabas?

SANT. No.

MAT. ¿Y vienes solo?

SANT. Sí.

MAT. ¡ Ah, vienes solo !... ¡ Vienes solo y quieres que Federico se vaya !...

SANT. ¡ Matilde !... ¿Qué dices? ¡ Le llamas así... Federico !

MAT. ¿Qué importa?

SANT. ¿Cómo?

MAT. Quiero que salve á mi hijo.

SANT. ¡ Matilde !

MAT. Lo quiero.
SANT. (*Gritando.*) ¡ Matilde !
MAT. (*Corriendo hacia la puerta del fondo.*) ¡ No, no se va !... ¡ No le dejo ir !
SANT. (*Avanzando hacia ella.*) ¡ Matilde !
MAT. (*Desesperada.*) Y vosotros no decís nada, no me ayudáis...
SERAF. Señor...
FEDER. (*A Santiago con dignidad.*) Sin perjuicio de batirnos mañana, hoy puedo curar al niño. La caridad, la misma ciencia que represento, me obligan á salvarle. Es mi deber.
SANT. (*Sin responder á Federico y empujando á Matilde.*) Quítate de aquí.
MAT. ¡ Santiago, por tu madre !
SANT. Vas á perderme. ¡ Quítate, quítate !...
MAT. Mi hijo, mi hijo se ahoga... ¡ Santiago, por Dios !...
SANT. Vete.
SERAF. Señor...
MAT. (*Forcejeando por desasirse.*) ¡ Oh ! ¡ Qué vergüenza !
SANT. Estoy yo antes que él.
MAT. No, no estarás. ¡ Federico !...
SANT. Matilde...
MAT. ¡ Federico !...
FEDER. Señora...
MAT. (*Indicando la alcoba.*) ¡ Mi hijo !
FEDER. Le salvaré.
SANT. (*A Federico, amenazador.*) ¡ Caballero !

SERAF. (*Aparte.*) ¡ Jesús !
FEDER. Le salvaré.
MAT. Sí, sí.
SANT. No lo intente usted.
FEDER. (*Conciliador.*) Por Matilde...
SANT. No procure usted pasar. Estoy yo aquí.
MAT. ¡ Santiago, por lo más santo !... ¡ Oh ! Por lo que más quieras, yo te lo ruego... ¡ Devuélveme á mi hijo ! Ese hijo es toda mi alma, no me lo quites. Por él soy buena, Santiago, que no por ti : él me salvó de todos los peligros, de todas las tentaciones ; gracias á él, ¡ sólo á él !... tu honor está incólume. ¡ Y quieres dejarle morir ! ¡ Oh, no, jamás !... No, no morirá mientras yo viva... imposible... No, Santiago... no me vuelvas loca, no... por tu bien, por el mío... Santiago... considera que los locos se atreven á todo...
SANT. (*A Federico.*) Salga usted.
MAT. ¡ Santiago, por piedad !
SANT. Calla.
MAT. (*Delirante.*) ¡ Santiago !
SANT. Defiendo mi honor y mi reposo, ¿entiendes? Mi honor : en mí, el hombre puede más que el padre.
MAT. ¡ El hombre !
SANT. Sí ; el hombre, el caballero.

MAT. ¡ Ah ! Pues en mí, la madre vence á la esposa.

SANT. ¡ Matilde !

MAT. Vence la madre.

SANT. No lo repitas.

MAT. ¡ Federico ! ¡ Mi hijo !

SANT. ¡ Calla !

MAT. ¡ Sálvale !...

SANT. ¡ Oh ! ¿ Qué es eso ?

MAT. Sálvale.

FEDER. (*A Matilde, aparte.*) ¿ Qué hago ?

MAT. ¡ Sálvale !

SANT. No intente usted pasar ; defiendo mi honor, mi cariño... (*Por Matilde.*) Ese cariño, que es mi vida.

FEDER. (*Amenazador.*) Marqués...

SANT. Sobre ese cariño, nada, nada... ¡ Ni lo eterno !

FEDER. Olvide usted lo que hay entre nosotros : en estos momentos yo no soy un rival...

SANT. (*Interrumpiéndole.*) ¡ Siempre !

FEDER. No, no soy un enemigo, sí un médico que cumple su deber. No se oponga usted á ello... ¡ Lo ruego... por última vez !

SANT. Atrás.

MAT. (*Como loca.*) ¡ Sálvale, sálvale !... El Destino lo dispone así.

FEDER. (*A Santiago.*) Ella lo quiere.

SANT. (*Colocándose delante de la alcoba.*) ¡ Quieto !

MAT. Federico, mi Federico...

SERAF. (*Queriendo taparle la boca.*) ¡ Señora, señora !

MAT. ¡ Federico !...

SERAF. Está loca.

MAT. ¡ Mi hijo !... ¡ Salva á mi hijo !

SERAF. No sabe lo que dice. (*Forcejea con Matilde procurando contenerla.*)

SANT. ¡ Miserables !

SERAF. ¡ Dios mío !

SANT. Atrás, yo mando aquí.

FEDER. Nunca.

SANT. ¿ Cómo ?

FEDER. Nunca. ¿ Por qué ?

SANT. ¡ Yo mando !

FEDER. No, tú no ; ella, ella es quien manda : ¡ ella, la madre !

MAT. Federico.

FEDER. Voy.

MAT. Mi hijo.

FEDER. Le tendrás. Yo le salvaré. (*Quitándose el gabán.*)

SANT. ¡ Infames !

FEDER. Atrás, paso.

SANT. Será por encima de mí.

FEDER. ¿ Qué importa ? Yo soy como la Naturaleza, que, matando, da la vida. ¡ Abridme paso !

SANT. Nunca.

MAT. (*Gritando.*) ¡ Federico !... ¡ Santiago !...

SERAF. ¡ Don Federico... don Federico ! ¡ Señor... por piedad !

FEDER. Paso.

SANT. Jamás.

MAT. ¡ Santiago !

FEDER. ¡ Paso !... Tú eres lo viejo, lo inútil, la muerte... Yo soy la salud ; la salud y la vida. ¡ Paso á la vida !

SERAF. (*Corriendo hacia la ventana.*) ¡ Socorro, socorro !

SANT. Prueba á pasar.

FEDER. Así.

(*Luchan. Federico derriba á Santiago.*)

SERAF. ¡ Socorro !

MAT. Me muero...

SERAF. (*Corriendo hacia ella.*) Señora... señora...

MAT. (*Desvaneciéndose en brazos de Serafina.*) ¡ Estaba escrito !...

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Madrid.—Noviembre, 1902.

VICO

Antonio Vico, el príncipe de nuestros actores, murió á los sesenta y dos años tras una carrera artística de medio siglo ; carrera avasalladora, deslumbrante, como el resplandor de los cometas : el prodigioso resucitador de *Don Pedro de Castilla*, del *Cid Rodrigo de Vivar*, de *Marsilla*, de *Pedro Crespo*, del sombrío *Don Alvaro*, del galante *Don Juan* y de tantas otras gloriosas é imperecederas figuras de la historia y de la literatura nacionales, yace en Nuevitas durmiendo bajo tierra extraña su último sueño ; sueño terrible, sin pesadillas ni despertar... Allí está inmóvil, las manos cruzadas sobre el pecho, el artista inquieto por cuyo rostro pasó el fulgurante relampagueo de todos los anhelos, y cuya complexión vagabunda le impulsó á recorrer las más apartadas latitudes.

Antonio Vico nació en Jerez de la Frontera el año 1840 y sus primeros estudios los hizo bajo la dirección del inolvidable don José Valero, con quien trabajó en Barcelona : debutó en Málaga, representando en la zarzuela *Los Madgyares* un papel insignificante ; después

estuvo en el teatro Principal de Valencia. A pesar de su arrogante figura, de su voz que entonces era potente y sonora, y de su juventud, que prometía legítimos y bien sazonados frutos, ni Romea ni don Joaquín Arjona repararon en él.

Más tarde, el año 1865, animado por su ambición y el consejo unánime de sus buenos amigos, se presentó en el antiguo teatro Lope de Rueda, de Madrid, con una compañía que reunió en Valencia y de la cual formaba parte la Castro, de primera actriz, Juanito Ruiz, de galán joven, y el barba don Julio Parreño. La obra elegida para inaugurar la temporada fué *Los amantes de Teruel*, á cuya representación asistieron Hartzenbusch, Ayala, García Gutiérrez, Tamayo y otros ilustres autores. De allí pasó al teatro Alhambra, donde estrenó su primera obra, *La capilla de Lanuza*, que también era el primer drama de Marcos Zapata: drama famosísimo que su autor vendió por quinientas pesetas, porque como Zapata dice,

«...Cuando no se tiene un real,
desde Homero hasta Zorrilla,
no digo yo una *capilla*...
¡se vende una catedral!»

Por primera vez, en 1873, pisó Vico el escenario del teatro Español, representando con gran fortuna *La muerte de Cisneros* y *La vida es sueño*; y más tarde, en 1880, y en unión de Rafael Calvo, estrenó el drama de Echegaray *La muerte en los labios*, interpretando con ex-

traordinario acierto el tipo del feroz calvinista Walter. *El nudo gordiano*, *El gran galeoto* y *La Pasionaria*, proporcionaron al joven actor nuevos y señaladísimos triunfos.

Durante aquellos cuatro ó cinco años, el genio poderoso de Rafael Calvo sirvió á Vico de enérgico acicate. Nadie ha podido olvidar aún las nobles luchas que diariamente entablaban aquellos dos colosos: los triunfos de Rafael mordían el amor propio de Antonio, que trabajaba sobrepujándose á sí mismo; lo que uno empezaba á decir con una frase, el otro lo terminaba con un gesto; las palabras iban y venían entre ellos vibrando, sonoras como un choque de espadas, y ambos justaban animosos, inimitables, arrebatándose los aplausos del público, divinizados por las sacudidas brillantes de los grandes triunfos. Muerto Calvo, sintió Vico la falta de aquel de quien siempre fué hermano, y la pereza invencible de su temperamento andaluz empezó á mermar la honrada emulación que hasta allí le sostuvo.

En marzo de 1892, representó en el teatro de la Princesa el hermoso drama de Zorrilla, *Traidor, inconfeso y mártir*, y dos años después embarcó para Buenos Aires, visitando luego Montevideo, Valparaíso, Lima, Venezuela, Puerto Rico, Habana, Matanzas, Cárdenas y México, donde sufrió una grave extinción de voz.

Regresó á España en 1895, y tras una larga peregrinación por provincias regresó á Madrid,

estando primero en Novedades y luego en la Zarzuela, donde había trabajado en tiempos de Arderíus. La última obra que estrenó en Madrid fué el drama *Cleopatra*, de Eugenio Sellés, que no gustó.

Antonio Vico fué buen esposo, buen padre, amigo excelente y hombre simpático y de alegre y amenísima conversación. Su carácter, como su inspiración artística, ofrecía aspectos muy diversos: á veces era ingenuo y sencillo como un estudiante, y á ratos tenía, como Fernández y González, desplantes orgullosos muy disculpables en un actor de su valimiento y calidad.

Una tarde, hallándose con Rafael Calvo en el café Suizo, alguien les preguntó de dónde eran.

—Este—se apresuró á decir Antonio—es de Sevilla. Yo no pude pasar de Jerez...

Y el veterano autor don Jacobo Sales refiere que otra noche, representándose *Don Juan Tenorio* en el teatro de la Princesa, decía Tamayo que no comprendía por qué Zorrilla escribió casi todo el segundo acto de su célebre drama en ovillejos, siendo éste un metro antiteatral y de muy difícil dicción. Vico, que llegaba en aquel momento de escena y sin duda tenía deseos de trabajar, exclamó respondiendo á Tamayo:

—Vayan ustedes luego á butacas y comprenderán por qué don José escribió los ovillejos de su *Don Juan*...

Y Sales asegura que jamás vió á Vico accionar mejor, ni decir con más elegancia y desenfadado donaire.

Otra anécdota más antigua refleja bien la conciencia que tuvo Antonio Vico de sus altos méritos.

La refiere Federico Balart.

Se estrenaba *Consuelo*, y el primer acto sólo provocó un aplauso débil y de mera cortesía. Ayala, nervioso, iba y venía por entre bastidores, agitando como un león su hermosa melena romántica, murmurando:

—¿Qué sucede aquí?...

Al pasar junto á Vico, que estaba apoyado sobre la puerta del foro, exclamó sin poder contenerse:

—¿Por qué no me llaman?

—Ahora le llamarán á usted, don Adelardo—repuso Antonio sonriendo.

Y salió á escena diciendo la célebre redondilla:

«Dichas que no merecí
en pago de amor sincero,
por tan obscuro sendero
¡qué tristes llegáis á mí!...»

¿Cómo lo dijo? ¿Con qué gestos subrayó aquellas palabras?... Nadie podría decirlo: el público empezó á aplaudir; la obra fué salva; Ayala salió á escena.

La última vez que Zorrilla asistió á la representación del *Tenorio*, Antonio Vico le *dedicó* el quinto acto. El viejo cantor inmortal de Granada, quedó atónito.

—Ese *Tenorio*—decía—no es el mío ; ¡ es el suyo !

Los pintores, y los caricaturistas especialmente, saben muy bien que un solo rasgo fisonómico basta á darnos el retrato y aun el alma de la persona que queremos representar : todo el espíritu de Antonio Vico estaba en su entrecejo ; aquellos ojos y aquellas cejas, que la costumbre de expresar continuamente pasiones diversas dotó de extraordinaria movilidad, fortalecían el rugido inolvidable que el gran actor lanzaba en *Teresa Raquin*, y lo decían todo : la agonía de Walter, la cólera fatal de don Alvaro, la duda de Hamlet. Era el sobrecejo grave, dominador y pensativo, de los héroes y de los dioses...

Ya viejo, todavía interpretaba Vico, como nadie, el Yorick de *Un drama nuevo*. ¿Quién ha olvidado los dos célebres versos de la gran creación de Tamayo?...

«¡Tiemble la esposa infiel, tiemble la ingrata
que el honor y la dicha me arrebata!»

Y luego aquella pregunta terrible, que erizaba los cabellos :

—«Alicia, Alicia... mírame así, de frente... ¿Acaso tienes miedo de mí?»

Aquel *miedo* en los labios de Vico, dicho con su voz angustiosa y nublada, tenía algo inexplicable de rugido y de sollozo.

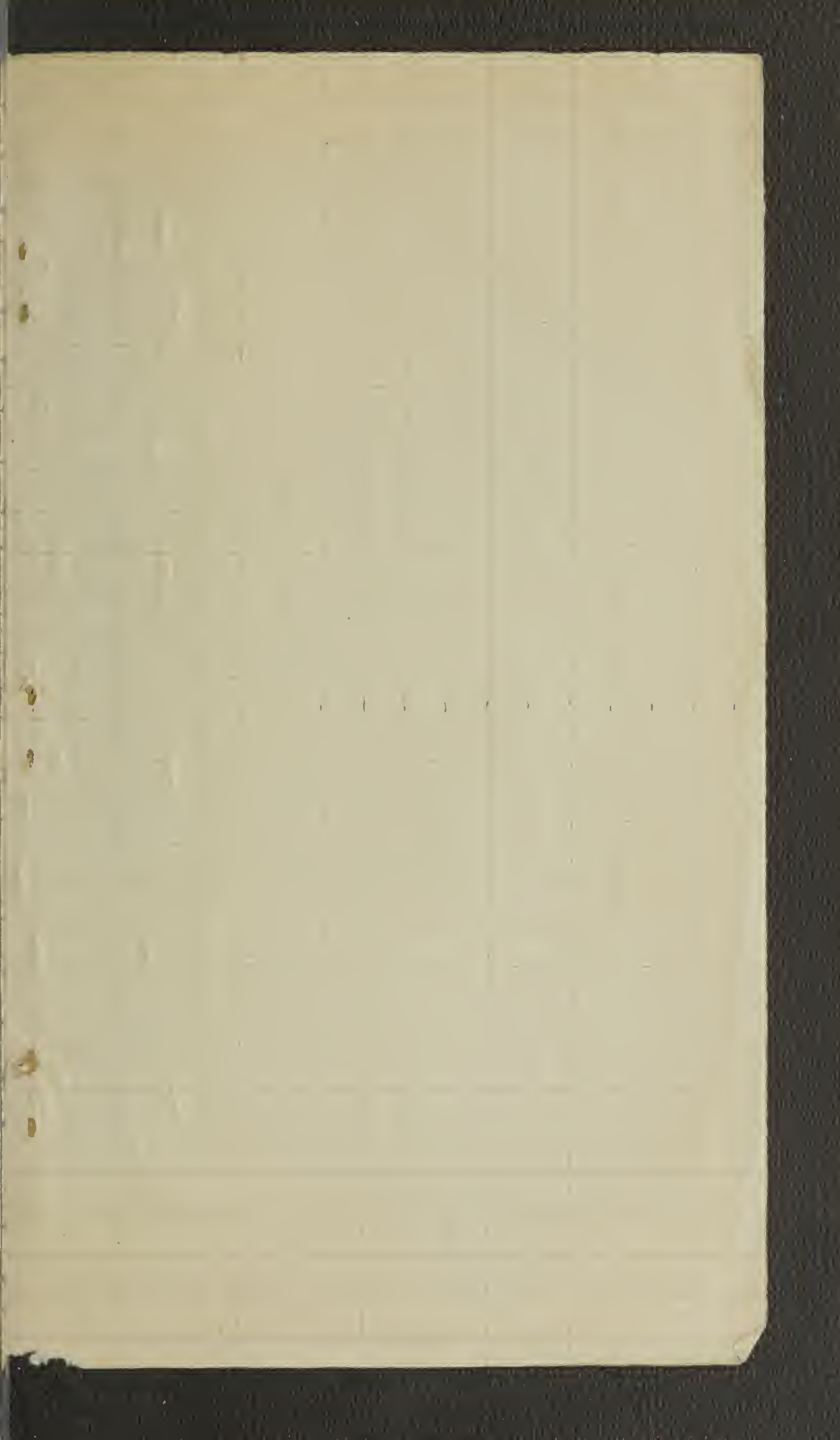
Los últimos años que el célebre artista pasó en España, fueron durísimos para él. Le cono-

cí en Novedades; viejo, achacoso, afónico, sosteniendo una campaña suicida, representando seis y siete actos diarios: *El nudo gordiano* y *La carcajada, Mancha que limpia* y *La vida es sueño*...

Salía de escena con la noble frente bañada en sudor copioso, y regresaba á su cuarto desfallecido, agarrándose á las paredes. Luego se dejaba caer en un sillón, los ojos fijos en el suelo, las rodillas abiertas.

—¡No puedo más!—decía,—¡me ahogo!...

Antonio Vico, tan amante de su familia y de su patria, murió á la vista de Nuevitas en un buque «impregnado—como dijo Echegaray—con la amargura de las olas», y su agonía columpiada por las aguas del Atlántico, sería inquieta, como inquieta y azarosa fué su vida. El arte nacional está de luto. ¿Quién podrá, en efecto, recoger dignamente el cetro trágico que arrancó la muerte de las manos frías del gran actor?...




3 0112 115881390